

VII

Á veces se figura
Que trae el viento
La voz de los marinos,
Que allá, á lo léjos,
Van celebrando
Las glorias y proezas
Del rey Haraldo.

VIII

Entónces el rey llora,
Gime y suspira,
El hada vivamente
Hácia él se inclina
Y, sonriendo,
Con sus húmedos labios
Dá al rey un beso.

ALFREDO OPISSO.

RECUERDOS DE LA INFANCIA Y DE LA JUVENTUD

El ameno escritor francés y profundo pensador M. Ernesto Renan, ha coleccionado unos artículos publicapos en la *Revista de ambos mundos* con el título de *Recuerdos de la infancia y de la juventud*. Hay en estos trabajos pájinas exquisitas en las cuales se halla perfectamente pintada la vida juvenil del autor con sus impresiones de niño sus estudios teológicos y religiosos, y la sinceridad y delicadeza con que su conciencia principió á manifestarse, iniciando las indagaciones críticas que tanta resonancia han obtenido.

El libro de M. Renan, va acompañado del siguiente *prefacio* inédito, profundo y original como todo lo suyo.

Dice así:

Una de las leyendas más exteudidas en Bretaña es la que se refiere á una supuesta ciudad llamada de Is, que en remota y desconocida época fué sepultada por el mar. Muéstrase en varios sitios de la costa el emplazamiento de esa ciudad fabulosa, y los pescadores refieren acerca de ella cosas muy extraordinarias. Aseguran que en los días de tempestad véñse en los abismos de las olas las flechas de sus iglesias, y que en las horas de calma sube desde la profundidad de las aguas el tañido de las campanas que modulan el himno del día.

Paréceme con frecuencia que yo tengo en el fondo del corazón una ciudad de Is, cuyas obstinadas campanas intentan aún convocar para los oficios sagrados á multitud de fieles que no escuchan el sonido del bronce. Algunas veces me paro á escuchar esas vibraciones que parecen venir de profundidades infinitas como si fueran voces de otro mundo. Sobre todo, al aproximarme á la vejez, hème complacido, durante el reposo del verano, en recojer esos lejanos rumores de una Atlántida perdida.

De ahí han salido los seis trozos que componen este volúmen.

El orden natural del libro, que es el mismo orden de los diversos períodos de mi vida, establece una especie de contraste entre los relatos de Bretaña y los del seminario, porque estos últimos se hallan completamente llenos de luchas sombrías y de razonamientos de áspera escolástica, y mientras que los recuerdos de mis primeros años no presentan otra cosa que impresiones de sensibilidad infantil, de candidez, de inocencia y de amor. Esta oposición no debe causar sorpresa, puesto que la dualidad existe en casi todos nosotros. Cuanto mayor desarrollo obtiene la cabeza del hombre, más sueña con el polo contrario, esto es, con lo irracional, con el reposo en la completa ignorancia, con la mujer que no es más que mujer, con el sér instintivo que sólo se mueve á impulso de una conciencia oscura.

La ruda escuela de discusión en que el espíritu europeo se engolfó á partir de los tiempos de Abelardo, produjo momentos de sequedad, horas de aridez. El cerebro acaiorado por el razonamiento tiene sed de sencillez, como el desierto está sediento de agua pura. Cuando la reflexión nos ha conducido al último término de la duda, la parte de afirmación espontánea del bien y de la belleza que existe en la conciencia femenina, nos encanta y resuelve la cuestión para nosotros. Hé aquí por qué la religión no es sostenida en el mundo más que por el sexo femenino. La mujer bella y virtuosa es el milagro que puebla de lagos y de alamedas nuestro gran desierto moral.

La superioridad de la ciencia moderna consiste en que cada progreso obtenido es un grado más en el orden de las abstracciones. Nosotros hacemos la química de la química, el álgebra del álgebra, y á fuerza de sondear la naturaleza, nos vamos alejando de ella. Esto va bien; es preciso continuar; el fin de esta dirección obstinada es la vida. Pero no hay que extrañarse del ardor febril, el cual, después de esas orgías de dialéctica no se satisface más que con los besos del sér cándido en quien vive y sonríe la naturaleza. La mujer nos hace comunicar de nuevo con la eterna fuente en que Dios se contempla.

El candor de una criatura ignorante de su belleza y que vé á Dios tan claro como el día, es la gran revelación del ideal, así como la inconsciente coquetería de la flor, es prueba de que la naturaleza se engalana para celebrar sus nupcias.

Jamás se debe escribir de otra cosa que de aquello que se ama. El olvido y el silencio constituyen el castigo que se hace recaer sobre lo que nos ha parecido feo ó común en la peregrinación al través de la vida. Tratándose de un pasado para mí muy grato, he hablado de él con simpatía. No quisiera, sin embargo, que esto se entendiese mal y que se me tomara por un grandísimo

reaccionario. Yo amo el pasado, pero envidio el porvenir. Será una gran ventaja el pasar por este planeta lo más tarde posible. Descartes experimentaría transportes de gozo si pudiese leer el más insignificante de los tratados de física y de cosmografía escritos en nuestros días. El más sencillo escolar conoce ahora verdades por las cuales Arquímedes hubiera sacrificado su vida. ¿Qué no daríamos nosotros para que nos fuese posible echar una ojeada furtiva sobre tal ó cual libro que servirá para las escuelas primarias dentro de cien años?

No conviene que por nuestros gustos personales, ó quizá por nuestras preocupaciones, tratemos de oponernos á lo que hace nuestro tiempo. Lo ejecuta sin nosotros, y probablemente tiene razón. El mundo se encamina hacia una especie de americanismo que hiere nuestras refinadas ideas, pero que una vez pasadas las crisis del momento actual podrá muy bien no ser peor que el antiguo régimen por lo que respecta á lo más importante, esto es, la franquicia y el progreso del espíritu humano.

Una sociedad en que la distinción personal valiera poco, en que el talento y el ingenio no tuviesen nada de oficial, en que los altos cargos no ennoblecieran, en que la política llegase á ser el empleo de los que no tienen oficio ni beneficio, y de las gente de tercer orden, en que las recompensas de la vida se concediesen preferentemente á la intriga, á la vulgaridad, al charlatanismo que cultivase el arte del reclamo, á la perversidad que supiese habilmente buscar las vueltas del Código penal, una sociedad semejante, repito, no podría satisfacernos.

Nos hemos acostumbrado á un sistema más protector y á esperar que el gobierno patrocine todo lo que sea noble y bueno. Mas, ¿con cuántas servidumbres no hemos pagado ese protectorado? Richelieu y Luis XIV consideraban un deber suyo el pensionar á las gentes de mérito del mundo entero. ¿Cuánto mejor no hubieran hecho, si el tiempo se lo hubiese permitido, dejando tranquilas á las personas de mérito sin pensionarlas ni molestarlas! El tiempo de la Restauración pasa por ser una época liberal. Pues bien; seguramente no quisiéramos vivir bajo un régimen que hizo desviar un genio como el de Cuvier, que ahogó con mezquinos compromisos el espíritu vivísimo de M. Cousin y contribuyó á que la crítica se retrasara cincuenta años.

Las concesiones que había que hacer á la corte, y á la sociedad, eran peores que los pequeños disgustos que puede producir la democracia.

El tiempo de la monarquía de Julio fué verdaderamente un tiempo de libertad; pero la direc-

ción oficial de las cosas del entendimiento, fué con frecuencia superficial y apenas superior á los juicios de una mezquina burguesía. En cuanto al segundo imperio, si en los diez últimos años se reparó un poco el mal que se había causado en los ocho primeros, no debemos olvidar lo fuerte que fué el gobierno cuando se trató de humillar el espíritu y lo débil que se mostró al tratar de enaltecerlo.

El tiempo presente es sombrío y no auguro muy bien del próximo porvenir. Nuestro pobre país se encuentra bajo la amenaza constante de la ruptura de un aneurisma, y la Europa entera se halla minada por un mal profundo. Pero á fin de consolarnos pensemos en lo que hemos sufrido en los tiempos pasados.

Convendría ante todo poseer leyes sobre las asociaciones, las fundaciones y la facultad de testar, análogas á las que poseen América é Inglaterra. Supongamos obtenido este progreso, y no tendremos que echar mucho de menos los favores que el antiguo régimen tributaba al talento y al ingenio.

Yo creo firmemente que si las ideas democráticas triunfaran definitivamente, la ciencia y la enseñanza científica perderían muy pronto sus modestas dotaciones. Entonces las fundaciones libres podrían reemplazar los Institutos del Estado, con algunas mermas, ampliamente compensadas por la ventaja de no tener que tributar á las supuestas preocupaciones de la mayoría las concesiones que el Estado impone á cambio de sus recursos pecuniarios.

La pérdida de fuerza es enorme en los Institutos del Estado. Puede asegurarse que tal ó cual capítulo del presupuesto, votado á favor de la ciencia, del arte ó de la literatura no tiene más que un 50 por 100 de efecto útil. Las fundaciones privadas hallaríanse sometidas á una pérdida mucho menor.

Cierto que con semejante régimen se abriría paso á la ciencia de los charlatanes, creciendo junto á la ciencia profunda y sería, con iguales derechos; y verdad es también que no habría un criterio oficial, como existe en parte hoy día, para establecer una distinción entre las dos clases de ciencia.

Pero este criterio va siendo cada vez más incierto. Es preciso que la razón humana sepa resignarse á ser aventajada por la verbosidad concluyente y la afirmación altiva. Todavía, durante mucho tiempo, obtendrá lo falso los aplausos y el favor del público.

Pero lo verdadero goza de una gran fuerza cuando es libre; la verdad es duradera; la falsedad sufre caídas y cambios incesantemente. Y

esto explica el que lo verdadero, aún siendo sólo comprendido por un corto número de personas, flote siempre y concluya por obtener la victoria.

En una palabra, pudiera ser que el estado social á la americana hácia el cual nos encaminamos, independientemente de todas las formas de gobierno no fuese menos insoportable para las personas de elevada inteligencia que los estados sociales mejor garantizados que hemos conocido.

Podrán crearse en tal sociedad retiros en extremo tranquilos. «Comienza á notarse en todo la era de la medianía, decía en otro tiempo un distinguido pensador. La igualdad engendra la uniformidad, y sacrificando lo superior, lo notable, lo extraordinario, es como se desprende uno de lo malo. Todo llega á ser ménos basto; pero todo es más vulgar.»

Puede esperarse, sin embargo, que la vulgaridad no persiga tan de cerca á la inteligencia libre.

Descartes, en ese brillante siglo XVII, no se hallaba en parte alguna tan bien como en Amsterdam, porque como todo el mundo se dedicaba al comercio, nadie se ocupaba de él para nada.

Quizá la vulgaridad general constituirá algún día la condición de los elegidos para que estos sean dichosos.

La vulgaridad americana no quemaría á Giordano Bruno ni perseguiría á Galileo. Nosotros no tenemos derecho á ser muy exigentes. En los mejores tiempos del pasado no fuimos más que tolerados, y bien podemos estar seguros de gozar de esta tolerancia en el porvenir.

Un régimen democrático limitado es con suma facilidad vejatorio.

Hay en América personas de reconocido talento, que viven allí á condición de no ser demasiado exigentes.

El *Noli metrangere* es lo único que hay que pedir á la democracia. Aun hemos de pasar por muchas alternativas de anarquía y despotismo antes de hallar el reposo en este medio. Pero la libertad es como la verdad: casi nadie la ama por sí mismo, y, sin embargo, por la imposibilidad de los extremos se vuelve constantemente á ella.

Dejemos, pues, tranquilamente que se cumplan los destinos del planeta. Nuestros gritos no lograrían nada en contra, y nuestro mal humor estaría fuera de lugar.

No hay seguridad de que la tierra deje de cumplir su destino, como han hecho probablemente innumerables mundos, y hasta es posible que nuestro tiempo sea considerado algún día como el punto culminante, después del cual la humanidad no habrá hecho más que decaer; pero el

universo no conoce el desaliento, y volverá á comenzar la empresa abortada; cada descalabro le deja joven, experimentado, lleno de ilusiones. ¡Valor, valor naturaleza! Prosigue tu oscuro trabajo, como el ciego molusco que vegeta en el fondo del Océano; ten obstinación; suple por millonésima vez la malla de hilo que se rompe; vuelve á abrir el agujero que en los últimos límites de lo tangible forma el pozo donde manará el agua viva. Persigue, persigue el bien que no has conseguido desde la eternidad.

Tienes el infinito del espacio y el infinito del tiempo para la experiencia. Cuando se tiene el derecho de engañarse impunemente, hay la seguridad de triunfar.

Dichosos aquellos á quienes esté reservado el papel de colaboradores en este gran suceso que será el completo advenimiento de Dios. Un paraíso perdido es cuando se quiere un paraíso reconquistado. Aunque Adán debió sentir la pérdida del Eden creo yo que si vivió, como se pretende, nuevecientos treinta años después de su pecado, exclamaría con frecuencia: *Felix culpa!* La verdad dígase lo que se quiera, es superior á todas las ficciones.

No se debe nunca sentir el ver con mayor claridad. Al tratar de aumentar el tesoro de verdades que forman el capital adquirido por la humanidad, seremos los continuadores de la obra de nuestros piadosos abuelos que amaron el bien y la verdad en la forma que tenía en su tiempo. El más lamentable de los errores es el de creer que se sirve á la pátria calumniando á los que la fundaron.

Los siglos de una nación son las hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son aquellos que tienen como punto de partida un gran respeto á lo pasado. Todo lo que hacemos, todo lo que somos, es la obra de un trabajo secular. De mí sé decir que nunca siento más firme mi fé liberal que cuando pienso en los milagros de la fé antigua, ni más ardimiento para el trabajo del porvenir que cuando paso horas enteras oyendo las campanas de la ciudad de Is.

ERNESTO RENAN.

ROSAS!

Qué fresca en las rosas
Dios de mi vida!
¡qué fresca en las rosas
que Mayo cria!
¿! si será cierto